

Entre sarmientos

Nunca he vuelto en agosto. Hasta hoy. Nunca después de aquello.

El cartel oxidado del pueblo aún tiembla cuando sopla el viento. “Quintanilla de Arriba”, reza, como si uno pudiera estar debajo. Y quizá eso fuimos, Lucía y yo: dos niñas enterradas bajo capas de tierra, uvas y silencio. Hundidas. Fermentadas.

Me hospedo en el Hotel La Tejera. El mismo donde mis padres celebraron sus bodas de plata. El mismo donde una vez vi a mi madre llorar en la habitación, no me quiso decir por qué pero lo intuyo —y aún tiemblo cuando recuerdo los sollozos—. La lámpara del pasillo sigue colgando torcida. En recepción, la señora me reconoce. Pero no pregunta. Tampoco yo explico. “Una noche”. Y me da la llave sin mirar. ¿Para qué más?

Salgo a caminar cuando el sol empieza a caer. Cuando da una tregua. San Masín ya no es como antes — aunque quizá nunca lo fue y el tiempo se encargó de desvestir la mentira—. Fuegos lentos, caras nuevas. La bodega Sarmentero brilla al fondo como un cuerpo dormido. Paso junto a ella, con la suavidad de quien no quiere despertar a la bestia que ya ha probado sangre.

Entonces lo oigo: las risas. El grito agudo de una niña. El eco de la música que revienta por los altavoces. El año 94 en mi cabeza. Como una astilla clavada. Lucía tenía las uñas mordidas y un lunar en el cuello —jugábamos a borrarlo con la yema del dedo como si pudiéramos reescribir su piel—. Aquel día huimos de la verbena para construir “nuestra casa secreta” entre los sarmientos. Siempre la llamábamos así. No sabíamos que estábamos profanando una tumba, o algo peor. Un recuerdo.

La tierra estaba blanda. No porque hubiera llovido, sino porque alguien la había abierto. Lucía cavó con una piedra. Yo miraba. Cuando apareció la caja, pensé que era de galletas. La abrimos, ya no pensé nada.

Una medalla con sangre seca. Fotos antiguas: un hombre con boina, un perro sin orejas —o sin cabeza—. Y la carta: “No fui yo. Pero si hablo, nos matan a todos. Está enterrado donde sabéis.”

Volvimos corriendo al pueblo: sudorosas, sucias, mudas. No dijimos nada a nadie. Al menos yo no dije nada. Ni esa noche, ni en los meses siguientes. A veces creo que ese silencio fue parte del pacto. O fue miedo.

Lucía dejó de venir al pueblo. Su madre decía que era por los estudios. Yo supe que no era por eso cuando dejó de responderme las cartas. Ni una sola.

La mañana siguiente al hallazgo, alguien encontró el majuelo arrancado. Las vides muertas. Un fuego diminuto, apagado a medias. La Guardia Civil anduvo dos días por el pueblo. Preguntaron poco. Lo justo. Después, nadie habló más. Antes: tampoco.

Esta noche he vuelto al mismo lugar. Las viñas ahora están podadas y rectas, como soldados. Firmes. Pero hay un espacio baldío, una calva en el paisaje, una cicatriz. Ahí era. Entre el majuelo torcido y la piedra blanca. No vine a buscar justicia. Ni venganza. Sólo vine a saber si seguía ahí.

Excavo con las manos. La tierra huele a óxido. Hay raíces, hay gusanos. Pero no hay caja. No hay recuerdo. No hay historia. No hay pruebas.

Regreso al hotel. Me lavo las manos con jabón de lavanda. Miro mi rostro en el espejo del baño. No me reconozco. O peor: me reconozco demasiado. Enciendo la lámpara y abro mi cuaderno —el que siempre me acompaña—. Escribo una sola frase: “No éramos tan niñas.” Apago la luz.

Afuera, la fiesta sigue. Los cohetes suenan como disparos viejos, reciclados. Los niños corren entre los puestos. Los adultos beben vino. Y la tierra, como siempre, calla.